

*Análisis Psicológico del Mensaje de las Sirenas en la Odisea de Homero**

Moisés Aracena

Difícil resulta imaginar que un Poeta como Homero, que analiza y examina acuciosamente las conductas humanas; al igual que se desliza confrontando lo fantástico con lo real, no deje una enseñanza a propósito del Canto de las Sirenas.

Partimos de la presunción de que Homero no se ha involucrado en un decir carente de sentido, sino que éste —por el contrario— refleja esa percepción e iluminación psicológica que sólo tienen los espíritus más elevados y selectos. Trataremos de absorber el pensamiento que este texto enuncia. Para ello, remontémonos a los primeros diálogos en los que se hablan de ellas.

Circe informa a Odiseo del peligro que va a enfrentar con las Sirenas. Le advierte que éstas *“Encantan a cuantos hombres van a su encuentro”* (p. 588). Observemos desde ya en esta relación que Homero, por boca de Circe, emplea el término encantar. Término que de suyo significa, entre otros, cautivar toda la atención. Las Sirenas tienen, pues, el poder de focalizar la atención. La conciencia ya estaría determinada sólo a un acto, a saber, el de poner atención; al de escuchar; que es el decir de las Sirenas. Este es el primer mérito del discurso. Hacer que el infortunado concentre su percepción en ellas. Circe coloca el énfasis de este encantamiento en la voz de las Sirenas, cuando dice: *“Aquel que imprudentemente se acerca a ellas y oye su voz, ya no vuelve a ver esposa e hijos pequeñuelos rodeándole llenos de júbilo..., etc.”*. Y agrega luego: *“le hechizan con el sonoro canto sentadas..., etc.”* (p. 588). Homero no fragmenta aquí el decir del cómo se dice, ya que éste es parte integrante y definitorio de cualquier mensaje. Al respecto, coincide Ortega y Gasset (p. 277) con la idea aquí planteada por Homero, cuando destaca la trascendencia de la forma del decir, al señalar que: *“en esta situación son*

*Todas las citas textuales de Homero usadas por el autor de este artículo están tomadas de OBRAS COMPLETAS. El Ateneo, Colección Clásicos Inolvidables, Buenos Aires, 1965.

Homero destaca aquí la importancia de lo que Ortega y Gasset denomina la “inflexión de la voz”, es decir, de la parte de sentimiento que lleva adosado el mensaje, cuando los hombres se dicen cosas; en rigor, de todo lo que es el mundo del afecto, puesto al servicio de la comunicación.

No podía Homero dejar de registrar magistralmente la importancia que tiene la inflexión de la voz. Y todo aquel sentimiento que le da la verdadera significación al lenguaje.

No es una mera licencia poética, cuando después del discurso de las Sirenas se expresa: “*Esto dijeron con su hermosa voz*”(p. 592). Con ello, Homero dimensiona el significado del halo afectivo que lleva la palabra.

Recordemos ahora el discurso propiamente tal de las Sirenas:

“¡Ea, célebre Odiseo, gloria insigne de los Aqueos! Acércate y detén la nave para que oigas nuestra voz. Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera la suave voz que fluye de nuestra boca; sino que se van todos después de recrearse con ella, sabiendo más que antes; pues sabemos cuántas fatigas padecieron en la vasta Troya argivos y teucros por la voluntad de los dioses y conocemos, también, todo cuanto ocurre en la fértil tierra”. (p. 592)

Comienzan las Sirenas siendo mensajeras de la gratificación de las necesidades psicológicas de estimación, cuando dicen, “*Célebre odiseo...*” y las narcisistas, cuando agregan “*Gloria insigne de los Aqueos*” (p. 592).

He aquí dos cuestiones por tratar. Primero, las Sirenas se presentan como mensajeras que gratifican dos necesidades psicológicas importantes del hombre. Y segundo, son portadoras de buenas nuevas. Ahora bien, para la mejor comprensión de esta parte, debemos analizar brevemente la psicología del mensajero. Para ello recurriremos a dos ejemplos, uno extraído de la Obra de *Antonio y Cleopatra*, de Shakespeare y la otra de *Edipo Rey*.

En Antonio y Cleopatra acontece que llega un mensajero de Italia con noticias de Marco Antonio. Cleopatra a su vez recibe así al mensajero:

“¿Ha muerto Antonio?... si es ello lo que me dices, villano, matas a tu ama. Pero si vienes a decirme que goza de buena salud y está libre; así me lo describes, aquí tienes oro, y aquí un beso de mis venas de sangre azul de la más pura, una mano que los reyes han tocado con sus labios y besado temblorosos”.(p. 1800)

Más adelante el mensajero le da la mala noticia del casamiento de Antonio, a lo que Cleopatra exclama,

“¿Qué decís?... ¡Fuera de aquí, horrible villano (le pega de nuevo). O voy a rechazar con el pie tus ojos delante de mí como pelotas; voy a arrancarte los cabellos de la cabeza (le maltrata) serás azotado con un látigo de alambre, revolcado en la sal y cocerás lentamente en salmuera!”(pp. 1800-1801)

Finalmente, el mensajero no entiende lo que está aconteciendo. Y frente a la reacción agresiva de Cleopatra sólo exclama: “*No he cometido ofensa alguna*”(p. 1801).

Aquí se refleja el mérito o desmérito de quien trae un buen o mal mensaje.

Para entender la psicología del mensajero, es menester hacer abstracción de quién es el portador del mensaje. Este se ve privado de su identidad, para llegar a ser el contenido mismo de él. Es por ello que Tiresias —hombre inteligente— al ser conminado por Edipo a que diga quién es el culpable de las desdichas de su pueblo, se niega a ello.

Sabe, en efecto, que será portador de malas noticias y que ello derivará en actitudes agresivas contra él. Sólo cede Tiresias cuando el diálogo se ve teñido de frases injuriosas y ofensivas.

Aunque no queda del todo la verdad esclarecida, Edipo termina el diálogo con Tiresias diciendo: *“tu presencia me embaraza; y lejos de aquí, no me atormentarás”* (p. 501).

Ahora bien, ¿cómo se presentan las Sirenas? Estas inician su canto, siendo mensajeras de gratificaciones de necesidades humanas por ello, son las portadoras de buenas nuevas, lo que, a su vez, las hace atractivas.

La necesidad de estimación se insinúa en la tendencia *“a conquistar en el juicio del valor del mundo, un grado lo más alto posible”* (p. 136). Por su parte, la narcisista es la acción de amarse en lo que es la apariencia.

Ahora bien, una y otra necesidad, es decir, la de estimación como la narcisista, caen dentro de la actitud de halago. Esta actitud no deja de ser en parte un reflejo de la percepción de la necesidad de estimación que se percibe en los demás. Esto es bellamente expresado por Shakespeare en *Troilo y Cressida* cuando dice por medio de Ulises: *“No puede estar seguro de tener lo que tiene, ni sentir lo que posee, de otra manera sino por reflexión...”* (p. 1434).

A continuación de esta introducción del todo positiva para el navegante, le invitan y le sugieren la alternativa de que escuchen su voz. Voz que sabemos que de suyo encanta.

Pero aún más, el encantamiento se produce aquí por dos fenómenos, el de centrar el foco de la atención y el de la inflexión de la voz, ambos elementos esenciales en la acción hipnótica.

Luego recurren a una presión que podríamos denominar coacción social, cuando dicen: “Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera...” (p. 592).

La coacción que utilizan aquí las Sirenas es lo que Ortega y Gasset llama el uso y la costumbre. Al respecto dice: *“los usos son formas de comportamiento humano que el individuo adopta y cumple porque, de una manera u otra, en una u otra medida, no tiene más remedio”* (p. 229).

Sabemos que tienen más vigencia y poder las coacciones sociales, que los tribunales y sus leyes.

La Sirenas le plantean a quienes escuchan el texto un problema de costumbre, que no deja de traslucir un trasfondo de presión ética, cuando taxativamente expresan *“Nadie ha pasado”* (p. 592), pero no sólo existe un llamado ético, sino que estético. Y más específicamente, al goce estético. Así dicen *“Después de recrearse con ella...”*, haciendo referencia *“al sonoro canto”* (p. 592).

Sabemos que el canto, en cualquier tiempo o lugar, produce un efecto embriagador, ya se trate de las danzas dionisiacas de la Grecia antigua, del Kistar de la India, del Zikr islámico o de las danzas de exorcismo y magia de todos los pueblos primitivos, de Africa o América, por mencionar algunos.

No deja aquí de existir un estrecho vínculo entre el canto de las Sirenas con el acto social. Llamam a recrearse, es decir, a alegrarse o deleitarse con la musicalidad del canto, en presencia de las Sirenas y desde la perspectiva de espectador comprometido.

El poder del canto es múltiple, lo conocemos en el acunar de los bebés, en la animación de los juegos, para hacer brotar el amor en los corazones, aliviar las penas, consolar, etc. En rigor, está presente o puede acompañar a todas las actividades humanas. Puede provocar odio o amor, vitalizar o conjurar, todo depende de la musicalidad. En este caso particular aparecen como un poder "per se" de las Sirenas. Poder que utilizan éstas para encantar y recrear.

Luego invitan a obtener conocimiento, cuando expresan "*después de recrearse con ella, sabiendo más que antes...*" (p. 592). Aquí nuevamente las Sirenas recurren al mundo instintivo del hombre, en lo que se refiere al deseo de saber. Es un deseo de participación en el saber que Lersch, denomina con el término sencillo de interés. Se puede decir, en términos generales, que el deseo del saber, no sólo es en el sentido teórico, sino en el sentido más general del conocimiento.

Existen, entre muchos, dos paradigmas de este deseo por el saber, Fausto y Sócrates.

Fausto, representante de los afanes de la humanidad, antes de enfrentarse a Mefistófeles plantea la necesidad del saber y la insatisfacción frente a lo que se sabe, cuando nos dice "...y veo que no podemos saber nada. Lo cual me achicharra la sangre" (p. 1301). Aunque se reconoce instruido, siente que sigue no siendo docto.

A su vez, Cebes le plantea a Sócrates que le explique por qué el filósofo se presta gustoso a la muerte; por su parte Simmias le interroga: ¿Cuándo encuentra entonces el alma la verdad?, a lo que entre otras cosas Sócrates contesta: "*Queda pues demostrado que si queremos saber verdaderamente algunas cosas, es preciso prescindir del cuerpo, y que sea el alma sola la que examine los objetos que quiera conocer. Sólo entonces gozaremos de la sabiduría, de la que nos decimos enamorados, es decir, después de nuestra muerte, y nunca jamás durante esta vida*" (p. 28). La razón de la búsqueda del saber es, entre otra, la que impulsa a Sócrates a su inmolación.

Prometen las Sirenas el saber. No llegan al extremo de prometer sabiduría, pero sí conocimiento. Se muestran pedestres en ese sentido, pero realistas. A lo mejor a quienes circulan por la isla de Eea no les interesa la sabiduría, pero sí saber más.

A medida que transcurre el diálogo de las Sirenas se escurren de éste diversas satisfacciones de necesidades humanas. El vínculo que van estableciendo lleva a una consolidación de la relación basada en primer lugar en gratificaciones primarias.

Sin embargo, no sólo se contentan con gratificar, sino que, además, se muestran empáticas en relación a lo que le ha sucedido a Odiseo y su gente. El canto continúa con la expresión “...*pues sabemos cuántas fatigas padecieron en la vasta Troya...*”(p. 592). La empatía se muestra aquí en todo su esplendor. Las Sirenas aparecen virtuosas y comprensivas frente a las vicisitudes existenciales. En este caso —específicamente— frente a las fatigas padecidas en la guerra de Troya, se muestran sensibles y le hacen saber a Odiseo que participan de sus desdichas. Establecen una comunión de sentires. ¿Quién podría no conmoverse frente a tanta comprensión? Pero más aún, llegan al acto sublime cuando agregan que el padecimiento se ha debido a los Dioses. En esta aseveración, las Sirenas se muestran más comprensivas y sensibles que los Dioses mismos. Los Dioses hacen sufrir —hacen padecer—, las Sirenas por su lado, por contraposición, no hacen sufrir, y dan, entre otras cosas, comprensión. Pueden servir de refugio frente a los Dioses. Recordemos la expresión total “...*pues sabemos cuántas fatigas padecieron en la vasta Troya argivos y teucros por la voluntad de los Dioses...*”(p. 592).

Dentro de esta comprensión, es benevolencia lo que tratan de dar cuando dicen “...*se van todos después...*” (p. 592) ¿Qué mejor forma de cimentar una relación que el sentir que nos dan benevolencia? Para Cicerón ésta es la base de la amistad, con ella se liman las adversidades en la medida que partiéndolas y comunicándolas se hacen más llevaderas. A este respecto dice: “*¿Qué cosa tan dulce como tener uno con quien hablar de todo tan libremente como consigo mismo?*”(p. 256), y sufrir las adversidades con otro que las sintiese, aún más, que los mismos que la experimentan.

Terminan el discurso con la frase “...*y conocemos, también, todo cuanto ocurre en la fértil tierra...*”(p. 592). No podría concebirse final más acertado. Aquí las Sirenas se hacen inmanentes con la sabiduría, por lo tanto, no podría quien las escucha no hacerlo con respeto. Y más aún, aceptar —de algún modo— a éstas como seres superiores.

Hemos transitado, tratando de entender el origen del poder del canto de las Sirenas. Después de hacer el recorrido, no deja de asombrarnos la sabiduría que éste encierra.

Para terminar, si analizamos brevemente la estructura del discurso, se aprecia que primero las Sirenas colocan el énfasis en saciar las necesidades del oyente y sólo al final se presentan a sí mismas como fuentes de sabiduría.

Llama la atención que fundamentalmente gratifican necesidades humanas. No son las necesidades legítimas, de otro modo no se explicaría que lo hiciesen en términos superlativos. Por lo tanto caen en satisfacer necesidades de carácter poco virtuoso. En rigor, cabría la posibilidad que la virtud auténtica o su semejanza fuese capaz de no caer en las manos de las Sirenas. Con lo que inadvertidamente nos encontraríamos frente a toda una cuestión de fondo que alude a la supeditación del hombre, en su debilidad, al mundo de lo no virtuoso. Aquello que Jesucristo advierte en el Sermón de la Montaña cuando dice: “*No os hagaís*

tesoros en la tierra, donde devora la polilla y el gusano, y los ladrones abren agujeros para robar..."(p. 48).

ABSTRACTS*

Professor Aracena's contribution points to the usefulness of psychological studies in the field of literary creation. Here he refers to the artistic expression of psychological needs which, as in the case of the Homeric episode of the sirens' songs, acquire an aesthetic as well as an ethical dimension, where the wise message is interpreted with considerable empathy, although it might well be doubted that such needs would necessarily represent properly virtuous needs to which man should aspire.

BIBLIOGRAFÍA

- CICERÓN, M. Tulio, *Obras Escogidas*. Atenea, Buenos Aires, 1965.
 ESQUILO y SÓFOCLES, *Obras Completas*. Atenea, Buenos Aires, 1966.
 GOETHE, J. W., *Obras Completas*. 4ª ed, Aguilar, Madrid, 1973. Traducidas del alemán por Rafael Cancino.
 LERSCH, Philipp, LA ESTRUCTURA DE LA PERSONALIDAD, Ed. Scientia, Barcelona, 1962.
 ORTEGA y Gasset, José, *El hombre y la Ciencia*. En Revista Occidente, [Madrid], 1957.
 PLATÓN, *Diálogos*. Espasa, Calpe, S.A. Colección Austral, Madrid, 1972.
 SHAKESPEARE, W., *Obras Completas*. 10ª Edición. Ediciones Aguilar, Madrid, 1951. Traducidas del inglés por Luis Astrana.
 VALVERDE, José M., *Sermón de la Montaña*. Ed. Universitaria, Santiago, 1974.